

de oro y tratan de acabar con el culto venerabilísimo de nuestros padres, al cual van unidos tantos recuerdos de gratitud y de ternura; en medio de esta crisis cuyos relámpagos presagian ya una no muy lejana tempestad, sería no sólo injusto, sino inicuo y antipatriótico, aflojar, relajar por medio del divorcio los lazos de la familia establecidos por el Catolicismo, porque esto equivaldría á desatar sobre nuestro pueblo el torrente de las bajas pasiones y entregarlo al fin, sin vigor y sin fuerzas, falto del amor de la patria, que se resume toda entera en la familia, sin ánimo para la defensa nacional; para entregarlo, digo, á la odiosa conyunda del conquistador.

Nosotros, señores, no creerémos haber recibido en vano de nuestros padres la pesada carga de seis millones de pobres é infelices indios, que reclamarán siempre de nosotros los más solícitos cuidados por su moralidad é ilustración. Esta herencia debe obligarnos á vigilante y severa circunspección en todos nuestros estudios.

Así, pues, me dirijo no sólo á los creyentes, sino á todos los jóvenes que me escuchan; en nombre de la naturaleza humana, en nombre de la mujer, en nombre de los hijos que necesitan del amor de sus padres para formar una generación feliz y vigorosa, y en nuestra patria especialmente, en nombre de los sentimientos de libertad é independencia, yo os pido que trabajéis siempre por que el divorcio no se establezca nunca en nuestras leyes. (Prolongados y atronadores aplausos).

## TESIS

SOBRE

# LA ELOCUENCIA

Presentada al Jurado de Profesores

EN LA

Oposición á la Cátedra de literatura  
y Elocuencia forense.

TESIS  
LA ELOCUCION

Presentada al Jurado de Profesores

Opinión de la Cátedra de Literatura

y de la Facultad de Filosofía y Letras

10  
DISCURSOS Y ALABASTOS

Al recorrer las grandes épocas de la historia, se-  
ñaladas por acontecimientos notables que han sido su-  
resivamente el principio generador de la civilización  
de los pueblos; al detenernos a contemplar las escenas  
grandiosas que han marcado en la marcha majestuosa  
de los siglos el estallido de una idea, el largo tiempo  
comprimido en el cielo tempestuoso de la conciencia;  
sus luchas subterráneas que han arrollado como en  
crespada marea con todas las resistencias del pasado,  
y después su triunfo definitivo en medio de los econo-  
micos y de las torres, como no admirar el ascendiente  
sublime ejercido por la palabra de ciertos hombres  
que, capaces de mudar la existencia de principios e  
instituciones que parecían imperecederos, recorriendo

*Nulla vestigia retrorsum.*

Pocos estudios presentan más amplios horizontes  
á la contemplación de nuestro espíritu, ni le deleitan  
al propio tiempo con mayores atractivos y encantos,  
que el que tiene por objeto examinar la prodigiosa  
virtud de que está dotada la palabra humana, para com-  
municar á los que la escuchan, con la misma exacta  
precisión que lo consigue el pincel del artista sobre el  
lienzo, las creaciones solitarias del pensamiento, los  
arrebatos de la pasión, nacidos al calor de las grandes  
y levantadas ideas, de los afectos justos y magnánimos  
que ennoblecen nuestro sér.  
¡Qué espectáculo más bello y digno de cautivar  
nuestra atención, porque, como pocos, demuestra el  
poder del genio humano, que la lucha incruenta em-  
peñada por el dón sublime de la palabra para sostener  
las grandes y salvadoras causas de la verdad y de la  
justicia, para contrarestar el cenagoso torrente de los  
vicios, haciendo aceptar con resignación y á veces  
hasta con júbilo, el sacrificio de la vida y de los mez-

quinos intereses de la tierra, á que vive tan apegada la generalidad de los hombres!

Al recorrer las grandes épocas de la historia, señaladas por acontecimientos notables que han sido sucesivamente el principio generador de la civilización de los pueblos; al detenernos á contemplar las escenas grandiosas que ha marcado en la marcha majestuosa de los siglos el estallido de una idea largo tiempo comprimida en el cielo tempestuoso de la conciencia; sus luchas subsiguientes que han arrollado como encrespada marea con todas las resistencias del pasado, y después su triunfo definitivo en medio de los escombros y de las ruinas, ¿cómo no admirar el ascendiente sublime ejercido por la palabra de ciertos hombres que, capaces de minar la existencia de principios é instituciones que parecían imperecederos, recogiendo en su poderoso aliento todas las protestas, todos los gritos, todos los ayes de dolor, las esperanzas todas de los pueblos oprimidos, para derramarlos después en soberanos acentos desde el Sinai de la tribuna; una vez conseguida la victoria, han logrado serenar la exaltación de los espíritus, encerrar en un nuevo cauce los acontecimientos, reduciendo á fórmulas para todos comprensibles los principios antes dispersos en la pública conciencia, contener las demandas de la demagogia y no descansar hasta establecer sobre bases inamovibles el nuevo edificio social, al cual saludan los entusiastas gritos de los jóvenes y las augustas bendiciones de los ancianos? ¿Qué triunfo comparable al triunfo de la elocuencia? Ninguno. Ninguno proporciona tantas satisfacciones al vencedor, ni atrae sobre él una admiración más ciega y espontánea. Ningún poder como el suyo influye de manera tan irresistible y decisiva sobre los espíritus aun más rehacios, ni logra en favor de la

causa á cuyo servicio se consagra, prosélitos en mayor número ni más ardientes y resueltos.

Todo cede á los encantos fascinadores de este dón incomperable, de este privilegio altísimo en cuya composición, si nos es lícito hablar así, entran las facultades más excelsas de la criatura humana, lo mismo la inteligencia investigadora de la verdad y la imaginación que descubre los destellos de la belleza y colora con sus variados matices las labores más serias de nuestro espíritu, que la voluntad, movimiento rápido y espontáneo de nuestro ser, que vuela sin que nada sea parte á detenerlo hácia aquellos objetos ó espectáculos que la apasionan, arrastran y subyugan.

Es, pues, la Elocuencia el ejercicio magnífico, la expresión más sublime por cuyo medio se revelan las excelencias de nuestra naturaleza, los reflejos que tiene de la perfección infinita de Dios, que al criarla, la destinó para ser en la tierra la prueba más acabada de su sabiduría y grandeza.

Siendo tan grande su prestigio, no podía la elocuencia brillar y dominar á los hombres, sin que el estudio se dedicase afanosamente á establecer reglas para reducirla á un arte y lograr su aprendizaje. Muchos son los tratados hasta la fecha escritos por los preceptistas, y en todos ellos se ve la pretensión de sorprender los secretos de nuestro espíritu, dictando principios cuya aplicación es la forma común que adopta la elocuencia.

El conjunto de estos principios es lo que constituye el arte de la oratoria, es decir: «las reglas que enseñan á traducir por medio de la palabra, en formas metódicas y elegantes, las creaciones de nuestro espíritu.» La elocuencia es el alma, algo divino que se esconde en los misterios de nuestro ser: la oratoria es

una de las formas (1), el verbo más perfecto en que aquellas se revelan á los demás, para obligarlos á pensar como nosotros pensamos, á sentir lo que nosotros sentimos.

La Elocuencia no es exclusiva del discurso: ella anima todas las expresiones por que puede conocerse nuestro pensamiento: ella se encuentra en la Poesía, en la Pintura, en la Música, en la Escultura y durante el discurso oral, y precisamente cuando ella es más elevada y quiere hacerse sentir mejor, muchas veces no necesita ni de la palabra misma, á la cual parece desdeñar como impotente para expresarla, deteniéndose en el silencio, en el gesto, en la mirada.

Esencia de nuestra alma, inspiración divina por medio de la cual parece que nuestro sér se esfuerza en arrancarse de los lazos que lo ligan á la tierra para ascender á las cerúleas alturas de la Belleza; la Elocuencia, á la manera de caudaloso río que rompe todos los diques, como si no cupiera en los límites de nuestro espíritu, se derrama en todas las formas capaces de recibirla, y unas veces alienta en las palabras, otras en las notas musicales, otras en las obras plásticas á que ha querido infundir el artista las concepciones de su alma.

¿No hay por ventura elocuencia en las odas de Píndaro ó en los tercetos del Dante, en las armonías de Donizetti, en el grupo que representa la muerte de los hijos de Laoconte? ¿Cuánto no dice el célebre cuadro «*San Juan en el Desierto*» del gran pintor del Renacimiento? La alborada de una nueva idea próxima á brillar en el cielo de la humana conciencia, y el estertor de la trabajosa agonía de un culto secular ante cuyas aras, regadas con la sangre de incontables víctimas, se han postrado todos los más grandes pueblos

1 La Harpe. Curso de Literatura, tom. 4º.

de la tierra; en cuyos sagrados libros han bebido su inmortal inspiración los poetas y los oradores más grandes de la historia, que ha dado alientos y pujanza á los conquistadores del mundo; la última profecía de una regeneración, largo tiempo esperada por la humanidad desde que el paganismo había cumplido sus destinos; intuitivamente entrevista en el *Deus ignotus* de los filósofos griegos, predicha por Platón, preparada por Sócrates y anunciada en los cantos virgilianos y los quejidos de la Musa clásica; el silencio de muerte de la Pitonisa estremeciéndose sobre su tripode; de los ídolos ya desprovistos de ofrendas, como la conciencia humana de ideas y de esperanzas; el sueño del esclavo que no tarda en ver, en medio de la obscuridad de su ergástula, el decreto divino en que le concede su libertad el más grande de los Reyes, y la eterna despedida de las castas y de los privilegios que habían sido hasta entonces el carácter de los antiguos sistemas de gobierno, todo esto enseña al estático contemplador aquel maravilloso cuadro en cuyo fondo se destacan por un lado la figura del último de los profetas, que recorre vestido de pieles la orilla del Jordán, circuida la frente de una aureola de gloria, símbolo de la inspiración divina, y de cuyos labios parece que aun salen aquellas palabras de inefable consuelo: «*Yo soy voz del que clama en el desierto: enderezad el camino del Señor, como dijo Isaías profeta;*» y por el otro, la de las turbas que lo escuchan, incrédulas y alerradas en las formas de la antigua ley, que ya le toman por Elías, ya por el Mesías mismo; que revelan ya el asombro, ya la esperanza, ya la convicción, ya la duda.

El genio del pintor, el del poeta, el del músico, el del escultor son uno mismo allá, en las alturas de la inspiración, difiriendo solamente entre sí, al manifestarse y exteriorizarse en el arte. Todos expresan la ins-

piración que se apodera de su alma, y en la variedad de formas que revisten, no puede menos que descubrir el análisis algo superior, algo sublime, la facultad cuasi divina de la elocuencia que á todos es común.

Mas ahora sólo queremos ocuparnos en el estudio de la elocuencia manifestada por medio de la palabra. Dotada ésta de las más varias inflexiones, susceptible de recibir todos los tonos; aparte de producir en quienes la escuchan la idea en ella envuelta, sirve más que ninguna otra forma, para revelar todos los movimientos, todas las impresiones de nuestro espíritu. Impetuosa unas veces como la catarata que se despeña, suave y delicada otras como el murmullo de las apacibles aguas, majestuosa y grave como la ciencia, plañidera y triste como el dolor, tierna, agresiva, irónica, enérgica, patética y conmovedora, según el pensamiento ó la emoción que domina el espíritu del que habla, ayudada de la entonación, del gesto y del ritmo musical, de la voz que son como su complemento, la palabra es el medio más á propósito, el instrumento más dócil y flexible para expresar y grabar, como en bronce, en el alma de los que la escuchan, todas las alternativas que experimenta nuestro sér moral, todas las convicciones que se imponen á nuestra inteligencia y la subyugan, todos los sentimientos que inflaman la sensibilidad y la hacen estallar en los violentos arrebatos de las pasiones.

La elocuencia tiene así en el medio de la palabra su manifestación más perfecta y grandiosa. Las demás artes expresan el pensamiento humano de una manera imperfecta y no consiguen obrar cual aquella sobre nuestro espíritu. A la palabra está reservado, por los amplios elementos de que dispone, dominarnos por entero, ofreciendo á nuestra inteligencia la imagen de la verdad y del bien, y obligándonos á amarlos y á sacrifi-

carnos por seguirlos. Si el fin de las artes *bellas* es herir nuestra imaginación realizando la idea *estética*, y el de las *útiles* enseñarnos la verdad de lo que buscamos, despejando á nuestra vista las dificultades que á nuestro intento se oponen, la elocuencia expresada por la palabra cumple á maravilla los dos fines y es como una síntesis en que se reúnen las aptitudes de nuestro sér, así aquellas que tienen por objeto el trabajo de la razón, como las que nos hacen sorprender las relaciones de los objetos con las nociones estéticas de nuestra alma.

Por esto ha sido definida: «Un género literario bello-útil que consiste en la expresión artística y bella de la verdad y del bien, con el objeto de convencer, persuadir y mover á los hombres á un determinado fin»(1).

Podría creerse y se ha creído que la elocuencia de la palabra ó sea la oratoria es una especie de suma de la poesía y la didáctica; que en ella el fondo se constituye por el razonamiento, y la expresión solamente se embellece por la poesía. Nada más contrario al concepto verdadero de la oratoria. Para que ésta realice su fin que, como acabamos de decirlo, es dominar todo nuestro sér, necesita poner en juego todas las facultades de nuestro espíritu, sentir y pensar unas veces como el poeta, otras como el filósofo, y expresar sus pensamientos grave y austeramente en ciertas ocasiones, sentida y poéticamente en otras, según el asunto lo requiera.

La palabra del orador debe expresar todos los estados de nuestra alma, así aquellos en que se encuentra al remontarse á las alturas de lo sublime, como aquellos en que parece bajar al trato y comercio de los hechos cotidianos.

Arte eminentemente social, debe reflejar no sólo

1 Revilla. Tratado de Literatura, tom. I, pág. 146.

los propios y personales pensamientos del orador, no sólo sus propias y personales pasiones, sino lo que piensa y siente la multitud, que á medida que lo escucha, va viendo que toman cuerpo y forma visible sus más humildes reflexiones, sus más tímidas y escondidas ideas. El orador traduce muchas veces en sus palabras, así las meditaciones del sabio como los cantos populares, así las sentencias graves de la cátedra y los austeros principios del libro como las conversaciones íntimas y familiares del hogar, los diálogos en que se refieren y cambian entre sí las sencillas gentes del pueblo sus impresiones y sus deseos, sus ideales y sus esperanzas.

La oratoria es así un arte especial, que tiene principios y reglas propios, que realiza la fusión más perfecta de los caracteres y medios pertenecientes á las otras artes. *In quo sunt omnia*, dice Cicerón hablando de él. Su comprensión es amplísima, y en su mecanismo están reunidas, como en el cuerpo humano los fluidos y los sólidos, la Poesía y la Didáctica que, sabia y artísticamente combinadas en el discurso, forman la perfección del arte oratorio.

¿Existe realmente el arte oratorio? ¿Pueden establecerse reglas sobre la elocuencia, sin que ésta se perjudique, perdiendo sus bríos y su belleza?

Entre los antiguos esta cuestión fué resuelta de diverso modo. Sócrates pensaba que « todos los hombres eran elocuentes cuando hablaban de lo que sabían bien » pero como lo nota Marmontel, Sócrates se expresaba así después de que el estudio, la medicina, el ejercicio, el conocimiento del hombre y de los hombres y todo lo que la cultura puede añadir á un bello natural, habían hecho de él no sólo el más sutil de los

dialécticos, sino el más elocuente de los filósofos (1).

La Escuela de Zenón enseñaba, como Sócrates, que todo artificio era indigno de la elocuencia, y esta opinión costó la vida á los dos hombres tal vez más virtuosos de la antigüedad.

El estoico Rutilio que era en Roma otro Sócrates por la pureza y santidad de su vida, fué como él calumniado y como él recibió el fallo adverso de sus jueces, desdeñando la defensa de la elocuencia.

« ¿Por qué no habeis hablado, dice Antonio á Craso, en el libro del *Orador* (2), por qué no habeis hablado en favor de ese Rutilio tan indignamente calumniado? ¿por qué no habeis hablado por él, no á la manera de los filósofos, sino á la vuestra? Por criminales que hubieran sido sus jueces, como lo fueron en efecto, la fuerza de vuestra elocuencia habria arrancado toda perversidad del fondo de su alma. »

Otros filósofos menos austeros no rechazaban los artificios de la elocuencia; pero sostenían que « su ejecución nos era inspirada por la naturaleza misma, de la cual recibía todo hombre el dón de expresar con propiedad, así en las palabras como en la entonación y en el gesto, las pasiones que se apoderaban de su alma. »

No puede negarse que este dón basta aun á los niños y es el único con que cuenta la generalidad de los hombres en el trato y debates cotidianos de la sociedad. El lenguaje familiar compuesto de frases cortas, que tienen por objeto las más veces asuntos de escasa importancia, traduce fielmente, sin obedecer á

1 Socrates fuit is qui omnium eruditorum testimonio, totiusque iudicio Græciæ, quum prudentia et venustate, et subtilitate tum veró elocuentia, varietate copia quam secumque in partem dedidisset omnium fuit facilis princeps. (Cic. de Orat., lib. 3).

2 Cicerón.